



Julio Durán Cerda

El hombre y la poesía del sur



SI como América, continente nuevo y sano—Tierra firme, como indica Germán Arciniegas—constituye una reserva moral y económica incalculable frente a la vetusta y agotada Europa; así las provincias representan idéntico significado para las grandes urbes.

Las fuerzas morales de la Frontera (1) constituyen una reserva, sobre la que no se ha llamado debidamente la atención. Se conserva allí el espíritu auténticamente nacional, y los aires de frívola impersonalidad que imperan en las grandes ciudades, llegan lentamente, de suerte que hay tiempo para asimilar lo más adecuado, sin el atolondramiento snobista a que se está urgido en la capital. El sureño, poco habituado a los refinamientos cosmopolitas—aun cuando sepa que algún día tendrá que adoptarlos—, es sobrio y tesonero, premunido de gran responsabilidad.

En una rápida búsqueda en la materia histórica relativa a la Frontera, se descubren o redescubren fuentes que permanecen, en su mayor parte, en completo descuido. Motivos de estudio y de creación artística, existencias y acciones dignas de difundirse.

(1) Hemos propuesto una definición de Frontera en «Paisaje y Poesía del Sur»; ATENEA, N.º 241, julio de 1945.

Sólo la poesía autóctona ha logrado penetrar ese fondo, en sus magníficas síntesis.

En general, el hombre del sur participa de muchas características externas del indio; pero se diferencia fundamentalmente de él por cierta viveza de ingenio, mayor capacidad y rapidez para comprender situaciones complejas. Aunque es indeciso, es audaz cuando ha tomado una determinación.

El hombre austral es en todo diferente al del norte, aun cuando—refiriéndose al pueblo—una enorme porción de nortinos, particularmente los de la pampa salitrera está formada por sureños. ¿Cómo es esto? Los hombres del Sur que no tienen grandes oportunidades de arraigarse en las faenas campesinas, emigran casi siempre. Los «enganches» se llevan a centenares. Pero cuando existe un pedazo de terreno o la expectativa de poseerlo, o hay algunos hijos y animales, es decir, un motivo de asentamiento, el sureño se agarra con feroz firmeza a su sedentarismo. Los jóvenes que salen de la tierra sin dejar de amarla, se adaptan pronto a situaciones nuevas en otras latitudes y, por lo general, ya no regresan, especialmente si los coge el tráfago de las urbes.

Se sostiene que el sureño es egoísta, rasgo que no se advierte en el nortino (2). Si bien es cierto que existe notable contraste entre el hombre del Sur, tipo eminentemente diferenciado en el sentido social—se descubre su origen en mil rasgos propios—, y el del Norte, ya más bastardo, e imbuído de elementos cosmopolitas, no radica ello en el egoísmo del uno y la liberalidad del otro, que es un punto de vista inadecuado para juzgarlos. La hospitalidad y generosidad del sureño es proverbial en Chile y la calidad de tal rasgo es lo que más llama la atención. Si a toda costa hubiera de buscarse una causa de esto, se diría que es el sentimiento de profunda confianza que el hombre del Sur tiene en la tierra, que en cierto modo cree poseerla, aun cuando no tenga un mal sitio de su propiedad; este

(2) Benjamín Subercaseaux, «Chile o una loca geografía».

sentimiento lo han sabido aprovechar los terratenientes, obteniendo mayor rendimiento y menos reclamaciones. Y su generosidad es tanto más resaltante, entonces, cuanto que al dar, se desprenden de lo suyo, de lo que ya forma parte de su patrimonio secular. En cambio, la vida aventurera, sin asidero, del nortino, sujeto a toda suerte de contingencias, cuando da, lo hace con el mismo sentido aventurero.

Es verdad, sin embargo, que en punto a expedición en las relaciones humanas modernas, el nortino es superior al sureño, como lo es siempre el hombre de los puertos y de las grandes ciudades; porque el primero es obrero, trabaja y vive en aglomeraciones, en donde las actividades son heterogéneas, como las gentes. El hombre austral es campesino y la mayor parte de su existencia transcurre en las soledades.

La familia austral conserva en la actualidad el mismo concepto español de su organización y carácter; es patriarcal y unida; por lo menos esta característica está más acentuada que en la capital. Son raros los casos de divorcio. Los hijos profesan un respeto impresionante a los padres y a los hermanos mayores, y son castigados, no pocas veces, como a pequeños hasta cuando están ya hechos ciudadanos. Esta exageración notoria a los ojos del observador metropolitano, se advierte hasta en el tratamiento de la conversación hogareña. Es exótico allí tutear a los padres o a los hermanos de mayor edad; en la mesa, los niños carecen de grandes derechos, sobre todo, no intervienen en las pláticas de los mayores.

El conjunto austral es una entidad claramente diferenciada. El paisaje y el hombre se funden en una unidad de rasgos absolutamente propios; todo lo cual se revela en su manifestación lírica autóctona, género que posee los medios más directos de expresión de esos elementos.

En la poesía, Neruda llena la época moderna. El y sus dignos congéneres han sido quienes han penetrado con mayor exactitud

ese fondo. Muchos poetas anteriores han pretendido destacar esas esencias, pero no lo han conseguido, indudablemente.

Puede atribuirse ello a que estos intérpretes no son originarios de esa tierra, no han sido amasados allí, con el cuidado que la naturaleza austral se da en preparar a sus habitantes; y cogen los motivos en forma circunstancial y turística, como asociaciones frívolas, sin la unción dogmática, ritual casi, de los poetas sureños. Desde Ercilla, seguido de Salvador Sanfuentes, Eduardo de la Barra, Gabriela Mistral, hasta Bórquez Solar y Luis Enrique Délano, han tomado estos motivos de modo muy europeo, es decir, no han asimilado el contenido austral en sus resonancias verdaderamente cósmicas, como lo han conseguido los nerudianos y su maestro.

Aquellos poetas, en pleno período romántico, acuden al panorama salvaje, impulsados por Chateaubriand, los ecos de los lakistas y los españoles de mediados de la centuria pasada, como punto concordante con la moda, para ejercitar sus devaneos, carentes de independencia. Pocas veces el Romanticismo acierta en la descripción y exégesis del paisaje nuevo; y en menor grado ocurre aun en el tratamiento del hombre. Los poetas más evolucionados, no pasan del formalismo frío de los parnasianos.

Sin negar las intuiciones admirables de Ercilla en gran parte de su Poema, es del caso insistir en la tiranía que este cantor ejerció en los poetas posteriores que trataron temas similares. Sanfuentes es tan convencional como el épico español y no posee siquiera la grandiosidad y el valor documental de éste. De Pedro de Oña no vale la pena intentar ni una mala afirmación.

El panorama y el hombre australes fueron explotados muy tarde como motivos estéticos. Después de Ercilla no hay, en este sentido, nada duradero hasta comienzos del siglo actual. Siempre habían sido esos temas elementos exóticos, y como no se les comprendió, hubo necesidad de recurrir a la leyenda. «Inami» y «El bandido» son débiles ensayos de Sanfuentes

para destacar el factor humano y ambiental. La india Inami, el cacique Colpi, el hispano-chileno Alberto, son personajes totalmente fantásticos o, en todo caso, falseados en su apariencia y contenido, que no es posible concebirlos actuando o existiendo a orillas del lago Ranco. Tanto pueden darse en este lago como en uno de las Islas Británicas.

Es que esos poetas carecían, de seguro, de la capacidad de síntesis que requieren aquellas enormes fuentes, atributo que ha caracterizado a los líricos locales modernos. Pocos artistas sureños poseen, sin embargo, la virtud opuesta, el talento discursivo analítico, razón por la cual no hay novelistas en el Sur. Fuera de Luis Durand, Francisco Coloane y Rubén Azócar, no hay narradores endémicos. Generalmente son extraterritoriales, transeuntes, como Mariano Latorre, Manuel Rojas, Marta Brunet, Santiván, Juan Marín.

Este género exige observación externa y elaboración objetiva. Y ya hemos indicado que el paisaje absorbe al habitante y lo penetra de sus esencias, como no vemos en otra parte del país. Lo lleva el ambiente como aterido y confundido en su concierto íntimo. El hombre es un elemento más del paisaje: nace de él y a él vuelve como la hoja que cae, se pudre y renace en jugos para seguir el eterno movimiento de la materia. Julio Barrenechea en su excelente soneto *Escuela nueva en Carahue*, confirma este aserto: se ha levantado un espléndido edificio escolar, con todos los cubos, ángulos de luz y cumplimiento arquitectónicos modernos, en fin, una sólida promesa de civilización; pero siempre para el alumno «el mejor profesor es el paisaje». El paisaje, el campo generoso en lluvia, bosque y ríos, que está presente con insistencia fatal, que se impone, que entra inconteniblemente por los amplios ventanales hasta el corazón.

Se crea, pues, naturalmente la familiaridad del poeta con la belleza íntima del paisaje, hay una comunidad de vivencias,

que impide al poeta desdoblarse para expresarla de otro modo que cantando, esto es, como un eco de su propio ser. Y a dondequiera que vaya o que se esconda, se llevará fundido en su sangre para siempre, aquellas estructuras indelebles.

La selva, el río, la lluvia, el viento, arman allí el arte, lo escenifican, lo llenan en grandes bloques indivisibles. Las vivencias que suministran no pueden ser motivos de pintura objetiva y fría, como exige el tranquilo y reflexivo relato. La prosa—expresión racional de los pueblos—es tardía; primero se canta y se grita.

Y la lírica constituye una necesidad imperiosa en el artista sureño, en este momento que la Frontera comienza a madurar.

Cautín posee rasgos especiales en el concierto austral. Su vida se concreta, se realiza y se manifiesta en Temuco, que es como un núcleo convergente de toda esa vitalidad. Es una ciudad perfectamente mediterránea; se desenvuelve lejos de la cordillera y del mar, aun cuando desembocan en ella vigorosas arterias de ambos costados. Cuatro ramales ferroviarios, uno de la costa—Puerto Saavedra, Carahue e Imperial—, y los otros de la montaña—Villarrica, Cunco y Cherquenco—. Esta mayoría de arterias rurales influye en que el habitante de Temuco sea más serrano que costino; tiene más de campesino que de porteño, máxime cuando Puerto Saavedra, el único desembarcadero fuera de Toltén, no posee un movimiento marítimo importante.

Dos ríos fundamentales, el Cautín y el Toltén, entre muchos menores, prestan a la provincia una fertilidad exuberante, particularmente en los alrededores de Imperial. Y buenas razones tuvieron los primeros conquistadores para pretender en un principio establecer en esos lugares la capital del *Reyno*, sitio que sólo quedó con su nombre principal.

Es Cautín también la región más típicamente indígena pues en ella se concentran las últimas reducciones que van restando en pie. En los alrededores de Temuco, Truf-Truf, Ma-

quehua, Metrenco, por ejemplo, celebran a menudo sus ceremonias tradicionales, se reúnen grandes masas de nativos, y es posible darse una idea del vigor de esas comunidades. Durante las elecciones realizadas en el último período de Alessandri, se concentraron en Temuco, varios miles de mapuches. Se presentaron en las calles de la ciudad en impresionantes cabalgatas, sabiamente organizadas, con sus bandas de música autóctona y sus trajes, ya muy chilenizados. Era un cuadro respetable y temible que tuvo el raro poder de avivar recuerdos bizarros.

La ciudad de Temuco, capital de la provincia, tiene un carácter abigarrado, de puerto, en cierto modo, sin serlo, donde desembarcan, permanecen algún tiempo y luego se van, tanto los indios, como los chilenos y los comerciantes extranjeros. Es un centro comercial, más que nada, y no existe en su seno una tradición formada, con raigambre nobiliaria, como en otros pueblos, Concepción, Chillán, Talca, Osorno, verbigracia. El hombre culto emigra a la capital, por lo general, o regresa al campo. El obrero busca mejor vida en las salitreras o en otras usinas industriales. Es, en fin, Temuco un gran «rendez vous» de Cautín. La tradición sureña vibra en los campos o en los poblados pequeños, donde la tierra actúa con mayor fuerza. De allí vienen los poetas. Los comerciantes vienen de afuera, se enriquecen y se marchan. Los hacendados no viven en el Sur, sino en sus palacetes de la capital, y van por sus latifundios de vez en cuando, sobre todo en épocas de elecciones.

El punto de reunión más importante de Temuco es el Liceo. Existen naturalmente, colegios particulares, católicos, alemanes, ingleses, pero poseen cierta unilateralidad aristocrática que nada tiene que ver con los caracteres que procuramos destacar. Es en el Liceo de Temuco donde se granea la gente sureña típica. Concurren a él desde el indio relativamente acomodado, es decir, aquel que aun conserva algún retazo de terreno,

hasta el árabe de las tiendas, y algunos hijos de antiguos colonos que no han logrado convertirse en terratenientes. Pero es predominante la nota campesina del chileno puro, en este establecimiento.

Aquí se refinan los materiales artísticos. Al contacto del primer estímulo de la civilización, se enciende el chispazo poético, se abre el cauce de las potencias olorosas del alma sureña, recogidas espontáneamente por la sola fuerza del ambiente.

Es interesante observar que las primeras influencias estéticas se producen por emulación interna. Existe antes que nada una interinfluencia en casa, en lo relativo a la expresión lírica. Se comienza invariablemente por la admiración de los creadores regionales. Todo ello, junto con el fondo común de inspiración, ofrece una rara unidad a esa producción. Vale anotar también que hay muchos profesores, particularmente del idioma patrio, que comprenden este sentido y energía líricos del sureño, y que orientan sus lecciones y consejos de modo certero, contribuyendo a intensificar esta unidad.

Por otro lado, el clima, la naturaleza de enormes contornos agrestes y el carácter mismo de sus habitantes, crea una predilección por autores fuertes, rusos y escandinavos.

La sobriedad de lenguaje en el chileno, tiene en el Sur su más ejemplar confirmación. El predominio de la clase media, por cierto más baja en condiciones de refinamiento social que la metropolitana, influye poderosamente en esta sobriedad. Su horror al ridículo o a la exageración en cualquier orden de cosas, la obliga a la medida cuidadosa y a la constante autocrítica (3). No es strafalario afirmar que el indio tenga mucho que ver en este asunto. Puede verse en Santiago, cómo el sureño es circunspecto, sobrio y hasta parco en su trato.

El excéntrico, así como el mal poeta, son descubiertos y

(3) Es preciso reconocer que esta circunstancia puede llegar a constituir un factor negativo en el progreso.

rechazados de inmediato, o deben entrar por los verdaderos cauces. Merced a este trabajo de natural selección; han surgido del Sur, sólo los artistas auténticos; los otros—que los hay por docenas—se quedan en sus casas. En Temuco se formaron Pablo Neruda, Juvencio Valle, Julio Barrenechea, Francisco Santana, Carlos Godoy Silva, Gerardo Seguel, Aldo Torres Púa, poetas reconocibles desde lejos y en el acto.

Los tres primeros, especialmente, mantienen al presente, el tono más elevado de la lírica nacional.